

versas crónicas de Martí, que comenta en detalle, analiza las características de su discurso. Algunas de ellas son el uso de la retórica de la oratoria; la insistencia en el valor filológico del lenguaje; la mitologización o trascendentalización de la realidad cotidiana; la sustitución del “tipo” costumbrista que pretendía ordenar la heterogeneidad de un pueblo, por los “tipos” ejemplares que por su pasión por lo sublime, la libertad o la Naturaleza trascienden lo mediocre; y la mezcla del detallismo referencial con las imágenes expresionistas en un discurso literario que llega a violentar las formas de representación tradicionales.

La propuesta de revalorización de las crónicas que nos presenta Susana Rotker responde a la necesidad de revisar el canon a la luz de un nuevo concepto de la función de la literatura y de un ensanchamiento de los estrechos márgenes en los que se había confinado al texto considerado literario. Como antes mencionamos, ya otros investigadores, en especial Angel Rama y Julio Ramos, abrieron el camino a la reevaluación de las crónicas y señalaron su capacidad de traducir los discursos heterogéneos de la modernidad. Ahora Rotker nos aporta un amplio análisis teórico que justifica y explica la recuperación de un área del discurso modernista tradicionalmente marginada; su análisis de José Martí, por otra parte, es una buena ilustración de sus propuestas teóricas. La obra de Susana Rotker es un estímulo para seguir explorando ese “espacio de condensación” en el que nace la expresión latinoamericana contemporánea.

María Isidra Mencos  
University of California, Berkeley

**Arcadio Díaz Quiñones. *La memoria rota. Ensayos sobre cultura y política*. Río Piedras: Huracán, 1993.**

“No hay lamentos, solo mutaciones interminables y significaciones perdidas. Viajes micróscopicos en el corazón de las palabras. La memoria está

vacía, porque uno olvida siempre la lengua en que ha fijado sus recuerdos” —Ricardo Piglia. “La isla” *La ciudad ausente*.

Los ensayos y reseñas críticas que componen el texto de Arcadio Díaz Quiñones, *La memoria rota*, pueden situarse como un intento de recuperar la memoria histórica latinoamericana fragmentada por un discurso colonial e imperialista. La propuesta de “collage” que se deja ver en el texto se constituye desde cuatro ensayos: 1) “La vida inclemente” (1981 y 1990) lectura crítica de los años cuarenta y cincuenta en Puerto Rico; 2) “La memoria rota” (1991) en donde ubica al intelectual como constructor de una memoria del cuerpo; 3) “Los años sin nombre” (1985), en donde se realiza un análisis de la década del 70 y 80 en Puerto Rico y finalmente (4) “La política del olvido” (1991) análisis sobre la ley del español como idioma oficial en Puerto Rico, que puede leerse junto a una respuesta del autor a la crítica hecha por Juan Duchesne Winter. También se recopilan en *La memoria rota* tres reseñas y una reflexión que recuperan las voces de intelectuales puertorriqueños y españoles víctimas del exilio político, tales como el puertorriqueño José Luis González, quien reside actualmente en México y la reflexión escrita luego de la muerte de la española Aurora de Albornoz, exilada de la dictadura franquista. También se incluyen reseñas sobre los trabajos de la nueva historiografía puertorriqueña como los de Fernando Picó y del discurso político cultural de Maldonado Denis. Originalmente publicados en la prensa puertorriqueña, estos ensayos, reseñas y reflexiones, lejos de proponerse como textos nostálgicos del Puerto Rico de los años cuarenta y cincuenta, o como voces institucionalizadas en los debates político-culturales del Puerto Rico actual, intentan construir “otro relato”. Esta “máquina de la memoria”, va construyendo un metarelato que como afirma Díaz Quiñones en el ensayo central que le da título al libro, “La memoria rota”, desea acceder a una “post-memoria”, que parte de la concepción del relato como ficción. Ubicándose, en un adentro y afuera de los debates de la postmoder-

nidad latinoamericana y a partir de sus lecturas de Nandy, Said, Gruzinski, Saer y Piglia, entre otros, el ensayista se hace una pregunta fundamental: ¿Puede el intelectual latinoamericano acceder a un discurso del vacío y el olvido? Se sugiere que, en el aparente vacío ideológico y conciliatorio creado con los discursos de la postmodernidad y las políticas del nuevo orden, el intelectual latinoamericano debe convertirse en articulador de “otras memorias”. Estas se constituirían como trazo fundamental en el cuerpo colonizado, fragmentado, torturado y víctima de diásporas sucesivas, tanto en Puerto Rico, como en el resto de Latinoamérica. Esto lo ilustra Díaz Quiñones al comentar, por ejemplo, la voz que aparece en el poema “El llamado” de Palés Matos, subtexto de este ensayo, la cual va recuperando una memoria del cuerpo (Eros) que posibilita otros espacios de creación. Se sugiere, por lo tanto, que el intelectual latinoamericano, puede ir recuperando los fragmentos de ese Eros corporal y construyendo los vacíos de esa memoria perdida. Frente a la búsqueda de un nuevo lenguaje, se reclama el texto abierto, creador. Por lo tanto, esta nueva visita a la “ciudad letrada” de Rama, termina reformulando nuevos saberes sobre el cuerpo masificado y fragmentado culturalmente, el cual se desplaza continuamente, produciendo gestualidades y textualidades alternas.

Es a partir del primer ensayo, “La vida inclemente”, que se recuperan estas voces de la diáspora puertorriqueña, para constituir un discurso del fracaso del proyecto populista de desarrollo industrial, Operación Manos a la Obra, llevado a cabo por Luis Muñoz Marín (1948-1964). Al reconstruir los años del macartismo estadounidense, la represión de los nacionalistas, el desarrollo urbano y las grandes migraciones, se revela la nascente cultura de masas como creadora de nuevos mitos y paradigmas. Al proponerse la cultura popular y la cultura de masas como otro espacio, se reelabora un distanciamiento del discurso marxista tradicional que proponía la cultura de masas como instrumento de “enajenación”. La lectura parece trasladarse entonces a

los nuevos debates interdisciplinarios sobre las relaciones entre cultura y política que validaron, desde los años setenta, escritores como Luis Rafael Sánchez (Puerto Rico) y Manuel Puig (Argentina). La recuperación que hace Díaz Quiñones de los años cincuenta en Puerto Rico resulta válida, ya que, “los años del olvido”, habían sido relegados discursivamente. Sólo a partir de los años 80, con la generación de escritores puertorriqueños como Edgardo Rodríguez Juliá (*Las tribulaciones de Jonás* (1981) y Magali García Ramis (*Felices días Tío Sergio* (1986), es que esta “ausencia” se instituye en un debate crítico. Frente a un discurso sobre las “políticas del olvido” y la violencia del discurso colonial con sus políticas de educación, poder militar y desarrollo industrial, bien podría proponerse una lectura del cuerpo del colonizado como *tabula rasa* y *locus* de resistencia. En “La vida inclemente”, el “olvido colonial” reclama, sin embargo, un cuerpo nacional en diáspora, fragmentado, producto de una hibridez cultural y discursiva, que se convierte en presencia a pesar de haberse desplazado y que va creando las rutas de un imaginario cultural heterogéneo y cambiante.

Por otro lado, en “Los años sin nombre, escrutinio de la década del 70 y el 80 en Puerto Rico, años de la remilitarización de Reagan y la invasión a Granada, se destaca un discurso de la inmediatez y el fracaso. Es significativo que al hablar de estos años, la imagen catastrófica del terremoto de México de 1985 aparezca como emblema del caos y la destrucción, y que ésta sea, a su vez portadora de nuevas esperanzas. Salvando las distancias y los medios, podemos leer desde esta imagen, otra memoria literaria: la de Martí como cronista –testigo del terremoto de Charleston. Tanto en Díaz Quiñones como en Martí, advertimos las recurrencias a un discurso apocalíptico, la “retórica del desastre” que advierte Julio Ramos, del intelectual finisecular. A partir de este enfrentamiento con las ruinas, se construye un discurso de renovación, una especie de “post-memoria” de la escritura y la “transformación de la ciudad letrada” se hace evidente (112). A par-

tir de esta transformación, ante la ciudad en ruinas, se ubica la figura de Nilita Vientós, intelectual puertorriqueña, editora de la revista *Sin Nombre*. Esta se sitúa como adversaria del cuerpo militar controlador, masculino y la política de remilitarización. La mujer “dona las letras: para que la ciudad no desaparezca” (134). Esta subversión, incluye el “otro” cuerpo y otro espacio, el de la mujer, que constantemente se excluye del discurso del canon intelectual puertorriqueño. También va validando el argumento de Díaz Quiñones al revelar las peculiaridades y diferenciaciones de la intelectual femenina, ejemplificadas en el poder de denuncia y conciencia libre de la educadora Margot Arce o la elegancia en el vestir y las delicadas maneras “que no subestiman la inteligencia” de Aurora de Albornoz (105).

Es a partir de esta recuperación de los “cuerpos olvidados” por un canon extremadamente machista y purista de izquierda, que se elabora el argumento del ensayo final “La política del olvido”, en donde se deconstruyen los discursos del Gobernador de Puerto Rico, cuando se declaró el español como lengua oficial. La pregunta de Díaz Quiñones “¿Cómo descolonizar el imaginario?” (145) parte entonces desde una doble perspectiva. No excluye la presencia, también violenta, de un pasado colonial que dejó como herencia la lengua española, pero reacciona ante los peligros y las exclusiones que pueda causar la constitución de un imaginario nacional. El cuerpo que se inscribe como trazo en el poema “El llamado” busca otra salida frente a la ley y procura, de un modo particular, dinamizar las relaciones entre ese cuerpo y la ley en sí: “Acato pero no cumplo” (161). Las voces revolucionarias, que como Betances (revolucionario del siglo XIX puertorriqueño, espacio de la política) e Ismael Rivera (cantante de salsa, espacio de la cultura popular), problematizan estas nociones de purismo y discurso nacional se destacan como formuladoras de la diferencia y la heterogeneidad: la propuesta de la Isla abierta. Es desde esta propuesta, que Díaz Quiñones responde a las críticas de Duchesne validando así un espacio de debate necesario en las

fronteras político-culturales puertorriqueñas.

Partiendo de la recuperación de esta atmósfera de debate cultural, *La memoria rota*, localiza a Puerto Rico a tono con los debates sobre el nuevo orden político y la postmodernidad latinoamericana. Díaz Quiñones reflexiona en torno a las disyuntivas que propone el plantearse un discurso sobre la postmodernidad latinoamericana, discurso del que parece distanciarse. Al referirnos a *La memoria rota* en un nivel puramente textual, se puede afirmar que, aunque es un texto “collage”, posee unidad temática. Tanto la recopilación de las reseñas como de los ensayos obedece a debates críticos, culturales y políticos de los años 80 y 90 en Puerto Rico y Latinoamérica. Sin embargo, aunque se crea una concepción unitaria en el proceso de lectura, el hecho de que algunas reseñas sean tan breves –ya que fueron escritas para la prensa– produce un leve desfase informativo, que sin embargo, puede completarse con la lectura global del texto. Por otro lado, el argumento parece debatirse entre la propuesta de la figura del intelectual como “memoria” de la nación (o “post-nación”) y la imposibilidad de construir un relato que corresponda a esa memoria. Por lo tanto, está la urgencia de formular un relato, aunque se recoja en fragmentos, y más importante aún, que el mismo “narre” y pueda nombrar el terror, la violencia. Parecería que dos preguntas subyacen en el texto, junto a las de las políticas del olvido y el intento de descolonizar el imaginario cultural: ¿Se puede construir un relato latinoamericano que se constituya como narración y a su vez “narre”? y ¿Cuáles serían las inflexiones y articulaciones de esa voz que se constituye? Parecería que al reformularse una poética de la memoria, y en particular, de un Eros creador a partir del olvido, este último auspiciado por la violencia política y la agresión, se sostiene un proyecto que privilegia el relato, no en su “verdad” transformadora e inamovible sino en su frágil permanencia. Díaz Quiñones alude a un relato necesario, más no privilegiado, a un trazo textual presente, más no insustituible. Al relocalizar este relato a

partir y como ficción del cuerpo —y en particular del cuerpo del colonizado, híbrido, en diáspora— se recuperan otras nociones fundamentales, que ubican este cuerpo-texto como espacio de negociación y agencia, la cual cumple perfectamente con la propuesta del ensayista: “¿Cómo descolonizar el imaginario?” (145) Por otro lado, y junto con esta reflexión pueden proponerse estas alianzas de unión Pan-caribeña y Latinoamericana no sólo en su semejanza, sino también desde su diferencia. Ya que es a partir de este cuerpo, que se van trazando las escrituras alternas de estos textos infinitos, el intento imposible de narrar, productos y construcciones a su vez, de la máquina de la memoria.

*Jossiana Arroyo*  
University of California, Berkeley

**Graciela Montaldo: *De pronto, el campo. Literatura argentina y tradición rural*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1993.**

La frase elegida como título para este libro no podía ser más apropiada. En primer lugar, porque proviniendo de Gironde alude de inmediato a la tensión campo/ciudad, tradición/modernidad, oralidad/escritura, considerada por la autora como constitutiva de la literatura argentina, ya que se trata de uno de los escritores donde esa tensión alcanza momentos de máxima fricción. Pero también en razón de lo que expresa: la “sorpresa ante lo evidente”, en palabras de Montaldo. Sorpresa, porque a pesar de haber respunteado con su reiterada y multifacética presencia todo el proceso literario argentino, desde Echeverría, Mármol y Sarmiento hasta Aira, Piglia y Saer, *el campo* (si aceptamos reunir en tal expresión toda la complejidad semántica de uno de los polos de la tensión) ha sido y sigue siendo opacado en gran medida, ante la mirada de propios y extraños, a causa de la solidez del estereotipo urbano y cosmopolita. Y es que lo evidente, no es

visto, sin embargo. Para esa perspectiva apegada al código establecido, “rural” podría ser un apelativo idóneo para, digamos, la literatura paraguaya o la ecuatoriana y hasta para cierta literatura mexicana o brasileña; pero la argentina —al menos desde hace bastante más de un siglo— tiende a ser concebida casi paradigmáticamente como literatura “cultura” citadina, moderna, cosmopolita, o —en menos palabras— bonaerense.

Si cada una de nuestras literaturas latinoamericanas (valga el plural que da cabida a lo múltiple dentro de lo uno) es concebida como parte del proceso sociocultural de constitución de nuestras varias comunidades imaginadas (en la afortunada frase de Anderson), no puede dudarse de la pertinencia de un proyecto como el de este libro: releer la literatura argentina poniendo en tela de juicio ese modelo que identifica al país con la Capital Federal y a su expresión literaria con la de la porteñidad y el magnetismo de lo europeo, modelo distorsionante por excluir numerosas y complejas alteridades rurales, orales, tradicionales, populares, no menos raigales ni menos constitutivas de esa argentinidad imaginada, ni menos presentes en el proceso histórico cultural, aunque sí en ocasiones menos visibles.

No intenta el libro sin embargo un giro de 180 grados para proferir un nostálgico y extemporáneo “menosprecio de corte y alabanza de aldea”. Se propone más bien asumir como característico de la literatura argentina (como en diversas maneras de toda literatura latinoamericana, si atendemos a Rama) el carácter continuo, pero dinámico e históricamente variable de la interrelación entre esas diversas polaridades: “Sin aventurar definiciones, dice Montaldo, quizás habría que postular la idea de que los pasajes entre uno y otro mundo describen un ritmo del movimiento de la literatura argentina y perfilan su tono particular” (14).

*De pronto, el campo* es pues un recorrido por los momentos cruciales y por algunos de los textos y autores ineludibles de esa tradición literaria. Recorrido analítico e interpretativo que lleva